

JESUS Y SU CAPILLA

*Tú que callas, ¡oh Cristo!, para oírnos
oye de nuestros pechos los sollozos..*

M. de Unamuno

Entre los rincones mas queridos de los lucentinos se encuentra, sin ningún género de duda, la placita que da acceso a la capilla de Jesus Nazareno. Breve, cuadrada, recogida, apartada pese a su céntrica situación, invita a penetrar en el templo. No es lugar de paseo ni de reunión, sino de tránsito; y, con ocasion de los misereres de los viernes, espacio en el que se prolonga la propia capilla con el fin de acoger a quienes no caben en su recinto. En la madrugada del Viernes Santo, se convierte en escenario de uno de los acontecimientos mas emotivos de la Semana Santa: la salida de Jesus. Medio pueblo se concentra allí, pese a las reducidas dimensiones, para vivir, mas que ver, como Jesus, con la cruz a cuestas, emprende el camino del Calvario, donde culminará su sacrificio. Las lágrimas se derraman con harta frecuencia y el corazón palpita emocionado al escuchar alguna saeta, cantada con voz quebrada, que mas parece sollozo, en el silencio sonoro del amanecer.

La capilla tiene espacio suficiente para sus fines. Airosa, bien cuidada, está presidida por la imagen de Jesus. La primera sensación de quien entra, por primera vez, es que el Nazareno, algo encorvado por el peso de la cruz, llena toda la estancia. Su rostro moreno, como curtido por el sol y el viento de tierras secas y cálidas, tiene una expresión de infinita tristeza que sobrecoge y acongoja

No creo que exista lucentino que, alguna vez en su vida, no haya ido a arrollidarse ante Jesus en esas horas íntimas, de escasa o nula afluencia de gente, que permiten el mudo diálogo con Él, sin testigos molestos ni interrupciones inoportunas. Porque todos, en algún momento, hemos sentido la necesidad de ayuda, de esperanza, de consuelo; el mundo, con frecuencia, nos vapulea con reveses inmerecidos, y nos produce sangrantes heridas, y nos castiga con injustos dolores y nos hunde con inesperados desengaños... Y al sentir sobre nuestra espalda y nuestra alma el peso de esos hechos, para los que no encontramos culpables concretos, no podemos evitar el impulso de dirigirnos a alguien que nos de una explicación o nos consuele.

Mas de una vez, con la capilla vacía, sentado en alguno de los últimos bancos, casi oculto en la penumbra, he dirigido la mirada al Nazareno, apenas iluminado por las oscilantes llamas de unas velas, y al tropezar con sus ojos no he podido reprimir un cierto estremecimiento y he inclinado la cabeza. Y he tenido deseos, irreprimibles deseos, de preguntarle, como el poeta:

¿Qué piensa Tu? No como Dios, cuyos designios e ideas somos incapaces de comprender, sino como verdadero Hombre, desde Tu naturaleza humana. ¿Qué pensaste de tus discípulos cuando huyeron despavoridos y temerosos? ¿Que pensaste de la gente que te miraba, no se si indiferente pero sí curiosa y cobarde, cuando caminabas con la cruz, sudoroso y débil, hacia la muerte, y días antes te había aplaudido y vitoreado, con palmas y olivos, como a un triunfador? ¿Qué pensaste de tu venta por treinta monedas? ¿Qué de Pilatos y su falta de hombría al doblegarse ante la chillona multitud que prefiere salvar a un bandido y sacrificar a un inocente? ¿Que pensaste, Señor, al sentir el hierro penetrar en tus manos y en tus pies, entre agudos e insoportables dolores, para fijarte a la infamante cruz? ¿Que pensaste y sentiste, Jesús, cuando tras largas horas de sed insaciada, sangrando por las abiertas heridas, ya sin fuerzas, nublada la vista, se acercaba el instante final y nadie, ni en la tierra ni en el cielo, movía un dedo para librarle del suplicio? ¿Que pensabas al saber que te estabas hundiendo en la mas honda y negra de las soledades, la de la muerte, sin ningún auxilio ni consuelo, con sólo la presencia valiente de algunas mujeres, tu Madre entre ellas? . ¿Qué piensas, a dos mil años de distancia, de los que afirmamos creerte y tener fe y , sin embargo, no ajustamos nuestras acciones a tus enseñanzas, ni seguimos tus ejemplos?

Inquietantes preguntas todas y mas inquietantes aún las desconocidas respuestas. Es imposible mirarle a los ojos y no sentir una especie de escalofrío por todo el cuerpo, como si una ráfaga helada nos azotara. Y sin embargo... A la vacilante luz que ilumina el altar, puede observarse como la mirada de Jesús, aunque triste, solo muestra sosiego, paz interior, comprensión, amor... Cuando abandonamos la capilla, sin saber la causa, a veces sin darnos cuenta, nos invade la agradable sensación de que hemos sido escuchados , comprendidos